

El caso Dreyfus

Cuando se habla del caso Dreyfus se tiende a pensar en un procedimiento plagado de errores judiciales que condenó a un inocente a una pena grave, o más bien, un proceso viciado con una intencionalidad claramente injusta planteada desde su mismo inicio. Sin embargo, ése fue sólo el arranque del verdadero *caso Dreyfus*, un asunto que supuso una auténtica convulsión política y social en la débil Tercera República, y en una sociedad francesa *fin de siècle* que había ido guardando demasiado polvo debajo de una alfombra que ahora se aireaba, esparciendo el polvo convertido ya en un lodo pestilente de rencores y enfrentamientos sociales.

Paradigma sarcástico de lo que venía a desarrollar, la historia de este lodazal jurídico nació precisamente de la basura. Así fue, la mujer de la limpieza empleada en la embajada alemana en París, recogía todo documento que encontraba en las papeleras que vaciaba y lo entregaba al servicio de inteligencia francés. Alemania y Francia venían de mantener dos guerras en ese siglo XIX, y demasiado vivas estaban todavía las tensiones en un tiempo que se acercaba inexorablemente a la primera Guerra Mundial. Ese documento encontrado en una papelera filtraba información secreta a Alemania y, por tanto, incriminaba de traición a un alto oficial de artillería como autor del mismo.

El Ministro de Guerra, A. Mercier, venía siendo fuertemente criticado por inoperancia y por facilitar el ascenso de judíos en el ejército. Y ello, determinó que lo que debía haber sido una cuestión discreta e interna del servicio de inteligencia secreto, se convirtiera en una solución a la pérdida de la imagen política del ministro, con el reparador castigo de un traidor.

El número de oficiales que hubieran podido tener la información filtrada se redujo a una treintena. Alfred Dreyfus encajó desde el primer momento en el perfil del culpable ideal. Una persona de carácter frío y altivo, con pocos amigos, y sin *buenas relaciones* que pudieran defenderlo. Era un germano hablante, de la región de Alsacia, que desde la última guerra pertenecía a Alemania. Y especialmente era judío. Estando candente la cuestión judía, y habiendo sido el ministro muy cuestionado precisamente por haber permitido el ascenso de judíos en el ejército, la expectativa era inmejorable.

El juicio estuvo plagado de irregularidades, y ya la detención adoleció de vicio por absoluta ilegalidad. Sin una resolución justificada, fue automáticamente aislado en una prisión e interrogado durante día y noche en busca de una confesión. Incluso el instructor del procedimiento le ofreció una pistola a fin de que se quitara la vida.

La gran carga probatoria que sustentó la sentencia fue el documento hallado en la embajada alemana, el denominado *bordereau*. Peritos que no eran expertos caligráficos atribuyeron a Dreyfus la autoría, alegando que había incurrido en una mera autocopia de su letra, con la clara intención de *disfrazar su propia escritura*, cuando en realidad no era coincidente el tipo de letra, simplemente porque no era el autor. No hubo otra prueba, más que la referida personalidad reservada del acusado que fue interpretada como propia de una persona con vocación de traicionar, y el famoso *bordereau*. De nada sirvieron las pruebas de su inocencia, y la falta evidente de un móvil y de relaciones con embajadas y mandatarios del acusado. El remate a un juicio irregular, fue la aportación extemporánea de un dossier secreto incriminante (dossier que se consideró secreto en aras a la seguridad interna del estado).

Una par de años después, con el acusado en un penal de la Guayana, algunos políticos, mediando la insistencia de la esposa y hermano de Dreyfus, y la notoriedad de pruebas que se revelaron falsas, consiguieron que se reabriera el debate del caso.

La revisión.

Una noche del mes de junio de 1898 el ministro Cavaignac seguía perplejo mirando por la ventana la imponente torre de trescientos metros recién construida por el equipo de Eiffel, bálsamo para el maltrecho orgullo parisino, que no es precisamente modesto, mientras hablaba con su esposa; Querida, hemos conseguido volver a situarnos en el centro de Europa y podemos acabar el año siendo el hazmerreir del mundo. -¿Qué te ocurre cariño? No te entiendo, ¿quieres que nos sirvan un *rosé* fresquito?. - No cariño, no, hoy empezaré directamente con el calvados.

No era para menos. Esa misma mañana el ministro había estado revisando el expediente. Desde luego la escritura del *bordereau* no parecía la de Dreyfus, al azar estuvo mirando escritos de otros oficiales, para ver lo diferentes que eran las letras hasta que atónito encontró un documento con el mismo tipo exacto de letra. El documento, no dejaba lugar a dudas, era del comandante Esterházy. Un personaje pendenciero, con problemas económicos, con escritos publicados contra la propia Francia, de familia húngara con rama alemana. El perfil de quien sí vendería informes a la embajada germana. A ello se añadía las pruebas falsas contra Dreyfus que ya conocía. Esa misma mañana solicitó que se le trajera el resto del expediente judicial. No pudo más que reírse del informe caligráfico, y dada la falta de otras pruebas, pronto abrió el dossier secreto aportado al final del proceso. Había dos cartas irrelevantes del condenado y

nada más. Ningún documento, ninguna prueba. Nada. Al ministro le costaba que el aire le entrara hasta el fondo de sus pulmones.

Y dime cariño, ¿qué quieres que haga ahora? A un año de la reelección ¿quieres que me enfrente al ejército y a la judicatura?. Te recuerdo que ni mi electorado, ni la prensa que nos apoya, ni el presidente, quiere revisión alguna de ese juicio. Y además de ello, está por supuesto la razón de estado, el orgullo patrio...

Efectivamente la presión para reabrir el juicio vino de fuera del ministerio. J. Reinach, y especialmente Scheurer-Kestner, senador y paisano de Dreyfus, animado por la flagrante injusticia, y quizá también por la influencia de la familia de Dreyfus en su electorado alsaciano, ejercieron una importante presión. Este asunto motivó el probablemente más famoso artículo periodístico de la historia, *J'accuse* de Emile Zola. De hecho la postura clara de Zola derivó en un juicio muy polémico que acabó con su salida de Francia y una gran revuelta. De dicho debate entre la defensa de la justicia y la verdad frente a la razón de estado nació precisamente la palabra intelectual, para designar a los primeros, y fruto de esta polémica nacieron numerosos movimientos en defensa de los derechos del hombre, algunos de los cuales trajeron con el tiempo preciosos frutos en forma de derechos y libertades fundamentales.

El juicio finalmente se repitió, y de nuevo Dreyfus fue condenado, si bien con atenuantes. No obstante, en medio de la polémica, el presidente otorgó un indulto que no contentó a nadie, excepto al propio Dreyfus que lo único que deseaba era volver junto a su mujer y su hermano.

1961. Archivos para la revisión de la historia

Y no es hasta ahora que se conoce toda la historia en su amplitud. El caso Dreyfus ha pasado a la historia como un ejemplo de la iniquidad en nombre de la razón de estado. Pero como suele ser cuando se trata de entes tan abstractos, más bien, fue el juego de intereses de aquellos que conformaban en ese momento determinado la voluntad del estado, los que determinaron, desde el primer momento, la condena de un inocente. Porque el agravio no está sólo en el juicio injusto, sino en la voluntad política de obstruir su revisión pese a las evidencias de inocencia del condenado.

Y os cuento esto tantos años después, porque vosotros, que tomáis nuestro relevo generacional, debéis valorar todo ello en su conjunto. Ahora que buscáis tanto revisionismo, ahora que tanto castigo nos autoinfligimos los europeos, ahora que nos enfrentamos al auge de nuevas potencias económicas basadas en regímenes totalitarios, comunistas o casi feudales, es momento de recordar que

vale la pena luchar por defender la endeble democracia que tenemos, porque sólo en ella cabe la libertad y la revisión de la injusticia.

El caso Dreyfus es ejemplo de un abuso horrible de quien ejerce el poder, pero ante eso, en la incipiente democracia francesa, unos idealistas y unas buenas personas consiguieron que el caso fuera revisado, y que los corruptos fueran juzgados o degradados. La libertad. La Fe en unos valores. La sociedad sana.

Las democracias liberales son frágiles, han causado abusos y daños, pero son ese precioso tesoro en vaso de barro. No la dejéis en manos de unos pocos, porque acabarán siendo usadas contra nuevos Dreyfus.